

ANTONIO GARCI

IDEOTAS PRESIDENCIALES

UNA LAMENTABLE Y MUY JOCOSA HISTORIA
DE LOS PRESIDENTES DE MÉXICO

DIANA

© 2022, Antonio Garci

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Estudio La fe ciega / Domingo Martínez
Ilustración de portada: Ilustración creada con imágenes de © iStock
Diseño de interiores: Sandra Ferrer

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial DIANA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: agosto de 2022
ISBN: 978-607-07-8307-4

Primera edición impresa en México: agosto de 2022
ISBN: 978-607-07-8313-5

El contenido de este libro es responsabilidad exclusiva del autor y no refleja la opinión de la editorial.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE



Don Juan de O'Donojú.....	7
Agustín de Iturbide.....	15
Guadalupe Victoria.....	23
Vicente Guerrero.....	35
Anastasio Bustamante.....	49
Melchor Múzquiz.....	57
Manuel Gómez Pedraza y Rodríguez.....	61
Valentín Gómez Farías.....	65
Antonio López de Santa Anna.....	73
Los de la docena trágica.....	89
José Joaquín de Herrera.....	101
Mariano Arista.....	107
Ignacio Comonfort.....	113
Cuatro presidentes conservadores.....	123

Benito Juárez.....	129
Maximiliano de Habsburgo.....	137
Sebastián Lerdo de Tejada.....	145
Porfirio Díaz.....	151
Manuel del Refugio González Flores.....	165
Francisco I. Madero.....	171
Pedro José Domingo de la Calzada	
Manuel María Lascuráin Paredes.....	181
Victoriano Huerta.....	185



DON JUAN DE O'DONOJÚ

Agosto-octubre de 1821

El último gobernante que tuvo España en México, quien además ni gobernó, Juan José Rafael Teodomiro de O'Donoghú y O'Ryan, fue una víctima más de la veleidosa y chaqueta política que, entonces como ahora, cambia de ideales como cambia de calzones una teibolera en quincena. Nuestro personaje nació en Sevilla, en 1762, y murió en México en 1821, a los 59 años, muy probablemente envenenado, y si no, del coraje.

Don Juan era un entusiasta de *la Pepa*, apodo de la famosa Constitución de Cádiz de 1812 por haber sido promulgada el día de San José, y por ella se quedó la famosa frase de «Viva la Pepa» para señalar el entusiasmo frenético del desmadre que genera caos. Esta Constitución liberal se redactó en Cádiz, porque esa ciudad era la única de España que no había sido tomada por las tropas francesas que la invadieron en 1808; es decir, era la única parte independiente de España en España. Contó con la representación de diputados que llegaban de todos los rincones del inmenso Imperio español, entre los que estaban incluidos los representantes de la Nueva España, que hoy es México. La Pepa intentaba unir a todos los habitantes del Imperio español, pues con ella se acababan las castas, las diferencias y las condiciones entre las personas por su nacimiento; con esa noble intención, y sin proponérselo, la Pepa fue lo que realmente terminó desuniendo a los españoles de todo el mundo.

Esta Constitución limitaba el poder del rey, declaraba que la soberanía era del PUEBLO, no del monarca, y reconocía como españoles iguales a todos los habitantes del Imperio, lo que acababa con el odioso sistema de castas colonial. Como era de suponer, algo así le cagaba al rey, que, para colmo, era el más déspota, cruel, incompetente, corrupto, mentiroso, tirano, oportunista, traicionero, cobarde,

vicioso, resentido y ojete de cuantos habían pasado hasta ese momento por la monarquía hispánica desde que Isabel de Castilla y Fernando de Aragón unificaron sus reinos e inventaron España. La asquerosa pero edificante historia fue así: después de la invasión francesa, Fernando de Borbón desconoció a su padre Carlos IV para quedarse con el trono, cuando toda la familia real española estaba en cautiverio. Napoleón se divertía invitando a cenar a sus prisioneros para escuchar cómo Fernando le pedía que asesinara a sus padres para quedarse con el trono español, mientras que le aseguraba que en él encontraría al más fiel de sus vasallos. Esto, por supuesto, lo hacía delante de sus padres que estaban al otro lado de la mesa y ya no llegaban al postre porque tenían que salir corriendo a vomitar. Esta anécdota nos pinta claramente al personaje que hoy en día nos daría para hacer un episodio típico de *Laura en América*. Fernandito era *tan así*, que cuando Napoleón quería torturar a los reyes de España les mandaba de visita a su hijo donde los tenía encarcelados.

Napoleón, desde luego, no peló a Fernando y puso a su hermano, José Bonaparte, en el trono de España, así que Fernandito se agarró del clavo ardiente de la Constitución de Cádiz para reinar, pues este era el único gobierno que lo reconocía como rey. La Constitución de Cádiz inventó a «Fernando VII», pero pasada la amenaza napoleónica, tras la derrota de Waterloo, Fernando VII traicionó a la Pepa para regresar a la monarquía absolutista que definitivamente era lo suyo. En 1815 abolieron la Constitución de Cádiz y mandaron a encarcelar a todos los que la elaboraron o bien fueron asesinados por el rey que habían encumbrado. Uno de los impulsores de la Carta Magna de Cádiz era Juan de O'Donojú, que desde luego fue enviado a prisión,

donde lo torturaron de todas las formas posibles; sus verdugos, por ejemplo, le quitaron todas las uñas de las manos y los pies —siempre he pensado que esta era una solución de la Santa Inquisición para que la gente no se comiera las uñas—; don Juan pasó cinco jodidísimos años en el bote esperando a que el rey por el que luchó lo ayudara dándole sentencia de muerte, pero como Fernando VII en realidad lo odiaba, le permitió vivir. Sin embargo, por esas vueltas de kamasutra que suele tener la política, el levantamiento del coronel Riego, junto con las tropas españolas que habrían de aplacar las revueltas independentistas en América, pone de nuevo en vigor a la Constitución de Cádiz en 1820 y somete al tartufo de Fernando VII, que como si nada vuelve a jurar esa Constitución y suelta su famosa frase: «Marchemos todos, yo el primero, por la vía constitucional»; Juanito de O'Donojú es liberado y rehabilitado como parte de la élite en el poder, y el nuevo gobierno le da el hueso más importante del Imperio, gobernar la joya de la corona: la Nueva España.

Juanito se embarca con su esposa hacia Veracruz y se va con el cargo de *jefe de Gobierno de la Nueva España*, pues con la Constitución de Cádiz ya no hay virreyes, solo jefes de Gobierno, el mismo título que les dimos siglos después a quienes gobernarían la Ciudad de México, cuando desapareció el puesto de regente, pues los capitalinos pensaban que un regente era alguien más gente que los demás. O'Donojú llega a lo que hoy es nuestro país en barco, como el personaje de la canción *El Jibarito* y, mientras está incomunicado en altamar, el comandante de las tropas coloniales se rebela contra el gobierno para acabar con lo que queda de los independentistas. Este oficial rebelde se llama Agustín de Iturbide, un soldado que ha combatido con tal tenacidad y pasión a los insurgentes desde que Miguel Hidalgo

se levantó en armas en 1810, que los españoles no dudan en ponerlo al frente de todas las tropas para exterminarlos. Además, Agustín de Iturbide tiene algo en común con Fernando VII: detesta con toda su alma la Constitución de Cádiz, a tal punto que él y su grupo prefieren que la Nueva España se independice de España para que no los gobierne la Pepa.

Sin saber lo que le espera, Juan de O'Donojú desembarca en Veracruz, donde se entera del desmadre que hay: solo la guarnición del puerto y la de la Ciudad de México aún son leales al gobierno de Madrid. Los rebeldes invitan a Juanito a echarse un café para conocerse en Córdoba y plantearle sus demandas, y Juanito accede convencido de que el problema consiste en que no les han pagado a los soldados —o que a estos no les gusta el color de sus uniformes, o que el nuevo gobierno no les quiere homologar sus prestaciones—, y creyendo que él los hará entrar en razón al imponer su autoridad, cuando llega resulta que ya lo espera Iturbide con el acta de Independencia de México para que la firme. O'Donojú queda prisionero de sus anfitriones, y con la lucidez mental para decidir qué es lo correcto mientras te apuntan con una pistola en la cabeza, firma el acta con la que se independiza México de España, un documento en el que además se le ofrece a Fernando VII el trono del Imperio mexicano para que venga a gobernarlo, y así, por fin, se libre de la pinche Constitución de Cádiz. Y en lo que llega Fermandito a México, en este escrito se establece que Juan de O'Donojú queda como regente del Imperio.

Lo que sigue es una obra maestra de lo que puede lograrse combinando la técnica de *la manita de puerco con la zanahoria del burro*: Juanito, forzado por Iturbide, como gobernante enviado por Madrid ordena al jefe de la guarnición de la Ciudad de México, leal al gobierno español, que se retire

a Veracruz, y contra todo pronóstico lo obedecen; así, las fuerzas independentistas pueden tomar la capital sin tener que luchar y, por fin, se hace la independencia mexicana, el 27 de septiembre de 1821, justo a tiempo para el onomástico de Iturbide, que entró triunfalmente en la ciudad al frente del Ejército Trigarante para celebrar su cumpleaños.

Como podemos ver, Juanito estaba jodido: así como Fernando VII en España era prisionero de los liberales de la Constitución de Cádiz, aunque ellos le dijeran rey, O'Donojú también era prisionero de Iturbide, aunque este le dijera jefe de Gobierno. Además, sabía que Iturbide aborrecía la Constitución de Cádiz, y él era uno de sus principales creadores, ¿podía existir para él un escenario peor? ¡Claro que sí!, del otro lado del mundo el rey de España jamás iba a aceptar la independencia de la Nueva España que él había firmado tras dejarse capturar por sus amables anfitriones; el teniente del rey en Veracruz le había advertido que no fuera a Córdoba a escuchar las demandas de los alzados y había salido de allí entregándoles todo el reino. En España, O'Donojú era considerado un pendejo y un traidor. ¿Podía empeorar la cosa para él? ¡Por supuesto!, cuando te va a cargar la chingada no hay límites para el deterioro. El bando *anti-Pepa*, que había hecho la independencia mexicana, no iba a permitir que gobernara como regente ni un solo segundo un hombre que precisamente representaba a la Constitución de Cádiz, así pues, desde que entró en la Ciudad de México empezó a sufrir atentados.

El último gobernante español había quedado en una posición en la que cualquier movimiento sería jaque mate, y en cuanto dejó de ser el tonto útil para Iturbide, convenientemente enfermó de «pleuresía», y más convenientemente murió el 8 de octubre de 1821, 11 días después de que

Iturbide entró en la Ciudad de México haciendo la independencia mexicana.

Colofox, colofón o como se diga



Fernando VII jamás vino a gobernar el Imperio mexicano. Dos veces lo intentó, eso sí. La primera se cebó porque los liberales españoles en 1821 le tenían una pistola puesta en la cabeza para que respetara la Constitución de Cádiz, y ese gobierno no reconoció la independencia mexicana, pues no le dio valor legal a lo que firmó O'Donojú, y la segunda porque, tras volver a traicionar la Constitución de Cádiz, Fernando VII se hizo rey absoluto nuevamente en 1823, y ese gobierno volvió a desconocer la independencia de México, pues tampoco le daba valor legal a lo que firmó O'Donojú. En esas circunstancias los Tratados de Córdoba eran para el rey todavía menos válidos porque O'Donojú era funcionario de la Constitución de Cádiz que había vuelto a quedar prohibida.

La mujer de Juan José Rafael Teodomiro de O'Donojú y O'Ryan, doña Josefa Sánchez Barriga, murió en 1842 pidiendo limosna en la Ciudad de México, esperando la pensión que le prometió el gobierno de México por las dos semanas en que su marido fue «regente del Imperio y jefe de Gobierno de México». Las crónicas de la época narran su historia con título de telenovela de TvAzteca: «De virreina a pordiosera», el suyo fue el primer caso de una subvención oficial que jamás pagó nuestro gobierno, algo que se volvería una verdadera tradición mexicana.